

Introducción

Reforma del Tratado: una Europa más solidaria... ¿con los mercados?

Thomas Coutrot

Apenas lleva dos años en vigor y el Tratado de Lisboa ya necesita una revisión urgente, porque, si bien prohíbe a los países de la zona euro acudir en ayuda de otro país miembro de la zona, durante la primavera de 2010 y para atajar la catástrofe fue necesario improvisar un «Fondo Europeo de Estabilidad Financiera» que permitiera a Grecia y después a Irlanda hacer frente a sus deudas. Esta violación manifiesta del Tratado ha sido criticada por el Tribunal Constitucional alemán, que ha exigido su reforma para adecuarlo a la realidad. En el verano de 2011, el Consejo y el Parlamento europeos adoptaron una «nueva gobernanza europea» que supuestamente servirá para reforzar la disciplina presupuestaria y hacer sostenible el Fondo, que en 2013 será bautizado de nuevo como Mecanismo Europeo de Estabilidad. Pero los mercados financieros han acentuado todavía más sus maniobras especulativas contra la zona euro, y los tipos de interés han aumentado por doquier. Tras un G20 vacío y sin contenido en Cannes, Angela Merkel y Nicolas Sarkozy decidieron imponer a finales de 2011 un nuevo tratado que se propone grabar a fuego en las Constituciones nacionales una «regla de oro» de austeridad presupues-

taria, además de tornar automáticas y realmente disuasorias las sanciones contra cualquier país que supere el famoso criterio del 3% del déficit. Este tratado «intergubernamental», rechazado por el Reino Unido, tendría que ser adoptado de manera urgente para tranquilizar a las agencias de calificación financiera y, de ese modo, perpetuar la tutela de los intereses financieros sobre las políticas económicas de los Estados europeos.

La «disciplina de los mercados» ha entrado en quiebra...

La extraña cláusula de «no salvamento» (*no bail-out*), introducida desde la fundación del euro por el Tratado de Maastricht, resulta incomprendible para el ciudadano medio. ¿A cuento de qué eso de prohibir la asistencia mutua entre países que han decidido unir sus monedas? En realidad, la cláusula reflejaba la obsesión neoliberal por imponer a los Estados la disciplina de los mercados financieros. Ante la prohibición (establecida por el mismo Tratado de Maastricht) de recurrir al Banco Central Europeo para financiar sus déficits, los Estados se han visto obligados a endeudarse en los mercados, quedando por lo tanto sometidos a los criterios y exigencias de la industria financiera y de las agencias de calificación. Prohibir la asistencia entre Estados supone obligar a cada uno a presentarse por sí solo ante el tribunal de los mercados. Cada Estado debe por tanto respetar rigurosamente sus leyes: reformas fiscales favorables a las rentas del capital, reducción del gasto público, flexibilidad, privatizaciones... Los mercados castigarán a todo Estado demasiado laxo en materia presupuestaria aplicando tipos de interés elevados (la supuesta prima de riesgo) que los obliguen a volver al redil.

Este dispositivo tan brillante se ha venido abajo con la crisis financiera, que ha demostrado por enésima vez lo que todos sabíamos: los mercados financieros no son ni eficientes ni racionales y, por consiguiente, es una aberración confiarles la tutela de las políticas económicas de los Estados. ¿Qué disciplina se puede esperar de mercados especulativos inestables y gregarios que van dando tumbos del boom al crack? Sin embargo, no se han sacado las debidas lecciones de este fracaso tan previsible y anunciado. Antes de 2008, los déficits presupuestarios eran moderados, incluso inexistentes –tal y como lo exponen Dominique Plihon y Nathalie Rey en el capítulo dedicado al análisis de la situación económica de España–, aun cuando las reformas fiscales favorables a las rentas más altas habían erosionado los ingresos de los Estados. Es la crisis financiera lo que ha ahondado de forma dramática la deuda y los déficits. ¡Y para colmo acudimos a las finanzas desreguladas para financiar los déficits que ellas mismas han provocado! Un caso particularmente delirante es el de Irlanda, expuesto más adelante por Benjamin Coriat: su plan de austeridad brutal está dirigido a financiar el reflotamiento de los bancos irlandeses para que sus disparates no le cuesten ni un céntimo a sus acreedores, y en especial a los bancos europeos. Pero el caso griego tampoco tiene desperdicio: el FMI y la Comisión europea imponen privatizaciones, recortes salariales y de pensiones, facilidades para el despido... como siempre con el fin de limitar las pérdidas de los acreedores, aunque se haya podido constatar, en octubre de 2011, que habría que suprimir parte de una deuda cuyo pago íntegro es manifiestamente imposible.

La crisis de la zona euro es el reflejo de la escasa o nula aptitud de los mecanismos de coordinación existentes –el «Pacto de Estabilidad y Crecimiento»– y la ausencia de una verdadera solidaridad financiera. Pero los Jefes de Estado y de Gobierno han decidido radicalizar las disposiciones de dicho pacto, condenando así a Europa a hundirse todavía más en un callejón sin salida.

Tal y como explicábamos en el ***Manifiesto de economistas aterrados***, el origen del problema reside en la concepción misma de la gobernanza económica europea. Claro que existe una coordinación de las políticas económicas, pero esta favorece de forma privilegiada la reducción del gasto público y el control de las cuentas públicas en detrimento del crecimiento, y la competencia en detrimento de la cooperación. La *financiarización* –es decir, el predominio del sistema financiero sobre el productivo– desbocada de las economías, el *dumping* fiscal, social y salarial entre los países europeos, la competencia por atraer capitales, han desembocado en esta curiosidad histórica: una moneda única entre países enfrentados en una guerra económica. Guerra que por el momento está ganando Alemania, que viene dando salida a un enorme superávit comercial basado en una austeridad salarial sin fisuras: una auténtica «deflación competitiva». Pero aquellos que se jactan del éxito de la política alemana olvidan que su generalización a toda Europa reduciría a la mínima expresión la ventaja comparativa de Alemania y sumiría a toda la Unión en la depresión.